

—Peor para tí. En fin, sígueme.

Entramos en la pieza inmediata, en donde estaba preparada la cena. Concluída la refaccion, me ordenó mi hombre que me quedase á dormir allí, hasta que viniese en busca mía. Dormí, en efectó, algunas horas. A la madrugada nos dirigimos al caño del Trocadero, y nos embarcamos en un falucho, que nos llevó á bordo de una pequeña goleta; Empezó, entonces, mi vida marítima, cuando apenas contaba doce años de edad!

### Segunda Parte.

En medio del desorden y confusión que reinaban en mi pequeño cerebro, hubo siempre grabado en él un pensamiento fijo, vehemente y consolatorio, que me hacía entrever, allá al través de fantásticos horizontes, un porvenir lejano, que mi imaginación ataviaba de galas brillantes, y de una gloria inmarcesible. Este pensamiento, fuente única de las gratas emociones de mi vida breve, borrascosa, no era sino un vago recuerdo sembrado de ilusiones. Recordaba, pues, que durante la época dorada de mi venturosa infancia, solía mi padre llevarme á orillas del mar; que doblábamos la rodilla so-

bre la movable arena de la playa, paseando la vista en aquella inquieta superficie, ó fijándola en los azulados confines del agua y del cielo. Oraba el autor de mis días, y yo repetía sus palabras misteriosas, lleno de unción y recogimiento piadoso. Nuestra oración parecía elevarse lentamente hasta el solio del Altísimo, envuelta en aquellas olas espumosas que, en su movilidad perdurable, bañarían alternativamente los ignorados límites de este y del otro mundo. Explicábame, en seguida, los detalles de la vida marítima: referíame las proezas y singulares aventuras de los navegantes célebres, y encendíase mi fantasía con extraordinaria vehemencia. Desde entonces yo quise ser marinero, y tal fué siempre el voto más sincero de mi corazón. Pero, ¡ah! ninguno ha querido comprenderme, ni encontré jamás quien me encaminase por el buen sendero, ni quien estimulase mis nobles sentimientos. Por todas partes he hallado el vicio y el crimen difundidos por la tierra, enseñoreándose del mundo, y dando la ley al género humano. ¡Era yo una pobre criatura réproba y maldita, y mi destino había de cumplirse más tarde ó más temprano!!!

Sin embargo, aunque tal es mi convicción de hoy, no siempre he sentido, en toda su fuerza, el grave peso de mis infortunios. No siempre el signo infausto

de mi vida ha ejercido sobre ella su máléfica influencia. Sí: bien lo recuerdo. Alguna vez he soñado deliciosamente, recostado en un césped florido á la mágica sombra de frondosas arboledas. Otras veces mi enardecido espíritu háse remontado hasta encumbradas y aéreas regiones, y allí... sí, allí he respirado auras apacibles, sumido voluptuosamente en una atmósfera de gloria y de amor. Verdad es que mis sueños han pasado á la manera de un relámpago instantáneo, que tan pronto ilumina los cielos, cruzando de oriente á poniente, como desaparece, dejándonos sumidos en lobre-guez espantosa. Lo es también que muy en breve he caído al suelo, precipitado desde aquellas regiones encumbradas. Lamentable desengaño, y horrible ciertamente; pero tal ha sido mi suerte, y así ha pasado mi peregrinación en la tierra. ¡Y su término parece aun más horrible!

Las pocas horas que pasé en aquella misteriosa habitación de Cádiz, antes de embarcarme y salir á la mar, fueron para mí de las más risueñas y agradables. ¡Había tanto tiempo que arrastraba una existencia sembrada de dolores y amarguras! Yo iba, en fin, á lanzarme en esa vida agitada y peligrosa, objeto querido de mi corazón. Recreábame en formar proyectos, y en llevar adelante, allá en mi encendida imaginación, las más atrevidas

y deslumbradoras empresas. Ya era un conquistador bravo y animoso, que sojuzgaba países remotos é ignorados: ya el habitante solitario de una isla desierta; y ya, en fin, el generoso marino, que liberta á sus semejantes de una muerte segura. Era yo, sucesivamente, Vasco de Gama, Colón, Hernán Cortés, Robinsón, Pablo Jones, ó La Perouse. Unas veces me entregaba á un combate naval rápido, encarnizado, en el que tres minutos de un ataque á toca penoles de tal suerte que la efusión de la sangre horrorizase á los enemigos, nos daba la victoria; y otras... ¡qué sé yo! Soñaba dulcemente, porque en aquella noche todos fueron sueños halagüeños.—Mi ánimo estaba embriagado de placer cuando puse los pies á bordo de la goleta, en que me embarcaba yo por la vez primera.

No era aún de día, cuando la pequeña lancha que nos condujo á bordo de la goleta, después de haber recibido el conductor algunas instrucciones que no comprendí, regresó á tierra, haciendo un largo rodeo, y excusando aproximarse á ciertos puntos determinados. El equipaje de la goleta púsose luego en fagina, mientras que mi joven patrón, medio recostado sobre las escotas de popa, y mirando con un antejo hacia todas direcciones, fijándolo frecuentemente sobre el fondo de la bahía, comunicaba enérgica-

mente sus órdenes, que eran ejecutadas con la mayor puntualidad y el más profundo silencio. Desplegadas todas las velas, salimos muy luego del puerto, y nuestra embarcación quedó confundida con otras numerosas, que hacían el tráfico de la costa. Elevóse el sol sobre el horizonte, iluminando brillantemente las torres y murallas de la noble y antigua ciudad, y los buques surtos en la bahía; pero el nuestro estaba ya fuera de un peligro que, como entendí después, era inminente. Su porte y arboladura, lo eximieron de una pesquisa que podría habernos comprometido en un lance ruidoso.

Luego que perdimos de vista la tierra inmediata y las embarcaciones costeñas que, en gran número, iban y venían, el joven marino pareció respirar con más sosiego. Quitóse la montera de paño azul que tenía en la cabeza, echóse hacia atrás los numerosos bucles castaños que flotaban sobre su frente curtida por los rayos del sol, y mirando con aire alegre y satisfecho á sus diez fornidos marineros, mandó subir botellas y preparar el aliuerzo.

—¡ En salvo, eh! exclamó dirigiéndose al contra-maestre, que era un italiano vejancón, alto, robusto, de facciones duras, mirada atroz y maneras bruscas.

—Sí, signor. A poco andare, io credo che noi avremos lasciato queste acque

troppo temibile; e lei, signor bravo capitano, avrà allontanato, la paura che l'assalta.

—¡ Cáspita, ya lo creo! ¿Querías acaso, maledetto compagno, que yo no tuviese miedo de largar el pellejo en manos de esos bandidos que me siguen la pista, y á quienes si en la mar puedo desafiar, en tierra debo temer? ¡ Me agrada la indirecta!

Y observando que el contra-maestre me examinaba con atención, prosiguió.

—Ya: no te había hablado de esta alhaja preciosa. Es un recluta que hice anoche en la plaza de San Antonio. Al golpe he conocido el provecho que podía sacarse de él, y quedó enganchado para ser á bordo de la "Invisible," lo que yo fui al principio, si es que te acuerdas, á bordo del "Duende" que en paz descansa. Figúrate no más, que este chico es un pilluelo, y que....

¡ Oh! dijo el contra-maestre continuando el diálogo, y procurando dar á su fisonomía cierta expresión de una alegría, casi imposible en aquella cara de fierro colado. ¡ Oh! vi ringrazio, caro mio amico, vi ringrazio, una et altra volta, perche nella face di questo piccolo, bisogna guardare tutto il porvenire della "Invisible."

—Y tú no eres mal pronóstico, que digamos. Acuérdomo, como si fuera hoy,

que lo mismo dijiste de mí, cuando aquel cara-cortada, á quien Dios condene, me robó del lado de mi padre para hacerme uno de los suyos á bordo del "Duende." Y ya ves: me parece que no te he dejado mal.

—¡Corpo di Bacco! Il capitano é io lo credo, un bravo uomo: appunto.

Aunque yo no comprendí sino una parte de la rápida conversación que entre ambos había ocurrido, entendí sin embargo lo bastante para juzgar entre qué especie de gentes me hallaba. Conocí que aquella no era muy buena compañía, y que los sucesos de mi vida seguían complicándose más y más, por causas independientes de mi voluntad.

La "Invisible," según supe poco después, era un buque contrabandista, montado por gente audaz y emprendedora, muy dispuesta á arrostrarlo todo á la sola voz de su capitán, que ejercía sobre la tripulación el influjo más decidido y poderoso.

Mi posición era rarísima, en los primeros momentos, á bordo de la "Invisible." En efecto: si mis únicos títulos de recomendación eran el haberme hallado aquel hombre entre la escoria vil de la sociedad, y ejercitado en el oficio infame de pillo y ladronzuelo, á la verdad que mi actual situación no era la más apropiada para desarrollar el germen de vir-

tud que pudiese encerrar mi corazón, demasiado tierno todavía, y susceptible de recibir toda especie de impresiones. Reflexioné, aunque rápidamente, en estos caprichos y extravagancias de la vida, y llegué á creer, por una desgracia que lamentaré siempre, que me era imposible salir del mal sendero que había comenzado á recorrer tan temprano, supuesto que no era mi obstinación, sino la fuerza del destino, la que me arrojaba, sin misericordia, en la espantosa carrera del desorden. Resigneme, pues, y resolví entregarme ciegamente en manos de mi nuevo guía, complacerlo en todo sin vacilar, obedecer su voluntad y caprichos, y hacer cuanto de mí dependiese, para que de día en día hallase nuevos motivos de celebrar mi genio y audacia, y de aplaudir mis felices disposiciones. Si antes transigí, á pesar mío, con el vicio, de entonces en adelante resolví ser malo hasta donde alcanzasen mis fuerzas, y obrar de manera que, tarde ó temprano, adquiriese un renombre entre la gente perversa, y llegase á ser citado como el modelo de los hombres más audaces y temerarios. En vano se me presentaron en tropel á mi espíritu los gratísimos recuerdos de la primera infancia, cuando mi padre, afanándose en la educación de su hijo predilecto, me inspiraba tan nobles sentimientos, y me ofrecía el

modelo de todas las virtudes. En vano una voz interior me gritaba, con penetrante acento, que iba á perderme irremisiblemente, y para siempre, si no cambiaba de propósito. En vano, finalmente, el temor de los peligros me asaltaba de una manera siniestra y espantosa. Nada bastó á retraerme, y á todo hallaba solución, con sólo considerar que no era culpa mía el verme empeñado en el camino de perdición. Preparéme á cuanto pudiese sobrevenir, cerré los ojos, y he allí al niño abandonado, al débil niño que aun no había llegado á la pubertad, resuelto á ser un criminal precoz, obrando más por instinto que por convicción. ¡Y sin embargo, el emponzoñado aliento de las pasiones viriles no había penetrado en lo más profundo del corazón! ¡Y los formidables misterios del amor, del odio, de la ira y de la venganza, aun me eran ocultos y desconocidos!... ..

Tomadas algunas precauciones, por lo que pudiese sobrevenir, sentóse el capitán en un ángulo del caramanchel, y comenzó á almorzar en unión del contra-maestre, á quien, cuando aquel estaba de buenas, trataba con deferencia y afecto, y entonces más parecía éste su amigo é íntimo consejero, que un subalterno que le debía respeto y obediencia. Yo, entretanto, me había colocado á una distancia

respetuosa distraído en mis reflexiones, y esperando que se me impusiese alguna orden, para cumplirla sin replicar, cosa que, por otra parte, me habría sido imposible en semejante coyuntura.

—Ven acá, guapo, acércate: gritóme de repente el capitán, fijando en mí sus relumbrantes ojos.

—Mande usted, mi capitán.

—¿Has perdido ya el miedo?

—¡El miedo! Jamás lo tuve á nada, ni á nadie.

—¡Ola! me gustas por intrépido. Toma este vaso de rom, y bébetelo á mi salud y á la de nuestro amo Genaro Chabrera, que aquí está presente.

—¿De rom? Yo nunca bebo aguardiente.

—¡Voto va! Pues aprenderás á beberlo de grado ó por fuerza. ¡Reusar el aguardiente! ¡Qué disparate! En la mar cuando el pobre marinero se siente calado de humedad hasta los huesos, ó ha empleado cinco ó seis horas en la maniobra, ó en dar un abordaje cuando el caso lo exige, un vaso de buen aguardiente es entonces un delicioso fortificante, que entona los nervios, y repara las fuerzas agotadas. En la mar, así como en tierra, el aguardiente, chico mío, es un bálsamo, un néctar, un específico contra todos los

males de cuerpo y alma. ¡O licor incomparable, yo te bendigo!

Y al terminar el apóstrofe, sorbió de un solo trago el encedido brebaje que contenía el vaso que me había ofrecido. Al punto llenólo de nuevo, y con voz imperiosa me ordenó que lo apurase. Firme en mi propósito de sujetarme á la voluntad de aquel hombre singular á quien yo había ligado mi suerte y mi existencia, alargué la mano, tomé el vaso, y bebí.....

Difícilmente podré explicar hoy la extrañísima sensación que entonces experimenté. Desde la boca hasta el bajo vientre sentí como un río de fuego abrasador, que me quemaba y corroía las entrañas. El calor fué comunicándose rápidamente por todos los miembros, y llegué á figurarme que me arrastraban al través de una inmensa hoguera. Hice un doloroso esfuerzo para gritar, y no pude porque mi voz espiró en los labios, sin articular sino un sonido mal formado, bronco y gutural. Mi gesticulación sería, sin duda, ridícula y grotesca, pues que excitó en todo el equipaje una risa estrepitosa y prolongada, que contrastaba con la helada seriedad del italiano. Esta pantomima acabó de aterrarme, y la única idea que me ocurrió confusamente, en aquel momento terrible, fué la de que el malvado capitán habría querido em-

ponzoñarme, asesinándome por mero pasatiempo. Pocos instantes después, todo el calor se fijó en la cabeza, que ardía como el cráter de un volcán. Mis miradas vagaban siniestramente, y mi cuerpo parecía colocado en un eje, sobre el cual giraba con una rapidez extraordinaria. Ya no era dueño de mí mismo, y estaba sumergido en una cruel agonía.

—Otro vaso, cobarde, gritóme de nuevo el capitán: otro vaso, y verás lo que es bueno. La primera prueba arde, pero no hay cuidado: después cría callos el gacinate, y hasta el demonio es capaz de colarse en el estómago por tan estrecha vía.

Y maquinalmente extendí otra vez la mano, tomé el vaso que me ofrecía aquel verdugo sin saber lo que iba á hacer, y... volví á beber. Entonces todos los objetos que me cercaban, se revistieron de formas fantásticas y extravagantes, y empezaron á confundirseme, hasta que gradualmente desaparecieron. Halléme después sumido en una atmósfera de luz, que fué sembrándose á trechos de grandes listones negros, y que al cabo se convirtió en un abismo de obscuridad, desde cuyo fondo percibía un lejano rumor, en que los aplausos de la marinería se confundían con el bramido de las olas. Estaba ya en el último grado de embria-

guez, y caí como muerto sobre el camaranchel.

¡Povero diabolo! Fué la última exclamación del italiano, que acerté á escuchar. Aunque mezclada de algún desprecio, jamás me olvidé de esta señal de compasión que debí á aquel ente raro y atrabiliario.

Heme detenido en los odiosos pormenores de este suceso, porque no puedo recordarlos sin estremecerme involuntariamente. Sin embargo de haberme parecido un suplicio atroz aquella tremenda prueba, ¡vergonzoso me es hoy el confesarlo!, me ancioné desde luego al uso de las bebidas fuertes, y todos los excesos que cometí después provinieron, de ordinario, de mis frecuentes embriagueces. resaba, pues, sobre mí una mano fatal que me agobiaba, que me oprimía haciéndome imposible toda resistencia. Todos los vicios y todas las pasiones se conjuraban para asaltarme, apoderarse de mi corazón, avasallar mi espíritu, y rendirme para siempre. Alguna vez como que rebuía bajo de aquel peso, é intentaba sacudirlo sacando fuerzas de flaqueza. ¡Dios mío! la lucha me dejaba sin aliento, y de todo punto postrado y abatido. El triunfo... ¡ah!, ¡ah!, el triunfo fué siempre de los enemigos que me cercaban. El capitán, aquel infame seductor, removía con mano diestra y poderosa el

germen maldito que mi corazón encerraba, como lo encierra el corazón de todos los hombres. Complaciase en aquella obra infernal, y cada progreso que yo hacía en el suatado sendero del crimen, era un nuevo motivo de aplauso. Más tarde, yo pagué con mi odio y mi mal voluntad á aquel perverso corruptor. Pero el mal que me había causado era irreparable. ¡Pobre juventud!, cuando entregada libremente á sí misma, se deja arrastrar por las pasiones desenfrenadas! ¡Desgraciada, más desgraciada todavía, si en vez de encontrar una alma buena que guíe su conducta en el piclago del mundo, sólo viene á precipitarla una mano infernal empujándola en el abismo! Una mala compañía, es la peor calamidad que puede sobrevenirle á un niño. Volvamos al asunto.

Ignoro cuanto tiempo pasé sumergido en un sueño doloroso, cercado de angustias inexplicables. Acometido de una especie de fiebre aguda, todos los sucesos de mi vida se me presentaron en tropel, no como habían ocurrido, sino en confusión y desorden, acrecentándose y modificándose de mil maneras tan raras y extravagantes, que se convirtieron en una larga, atroz y horrible pesadilla. Ya era el alcaide muerto á mis manos, que revolcándose en un fango de sangre, me miraba con aire feroz y sombrío. Ya era

mi padre, que desde su sepulcro lanzaba contra mí una maldición tremenda, que me hacía palpar las carnes. Ya era aquel desleal é intame tutor, que con una sonrisa diabólica aplaudía mis crímenes, y las desgracias en que me había sumergido. Unas veces me creía arrebatado por un torbellino de humo pestilente, que me sofocaba y ahogaba, y á cuyo través se me presentaban todos los excesos de mi locura, ó las bajezas de mi vida de pillo. Otras, me figuraba que una embarcación de piratas estaba á mis órdenes, y que el robo, el saqueo, el asesinato y los crímenes más horribles eran cometidos á mi vista y bajo mi dirección: la sangre corría á torrentes, y los miembros de las víctimas aparecían palpitantes aquí y allí. ¡Ah! yo creo que gemía, sollozaba y aun lanzaba agudos alaridos, según era la vehemencia é intensidad de mis sueños, ó, más bien, de mis visiones.

De improviso, creí haber oído un rumor semejante á un trueno prolongado y espantoso. Desperté despavorido, creyendo que se realizaba alguno de mis sueños funestos, y que los vanos y pálidos fantasmas que me cercaban, recibían vida y vigor para luchar conmigo y exterminarme. Abrí los ojos, y en un instante no pude comprender lo que ocurría, ni aun el sitio en que me hallaba. Era ya muy entrada la noche, y espesas

tinieblas me rodeaban. Una voz fuerte é imperiosa dominaba el ruido.

—¡Eh, eh! Calen la boneta del foque.... ¡Voto á Dios! Bien. Iza: iza: iza más, muchachos valientes: iza. Amarra, canalla infame.

Volvió á resonar aquel trueno. Recordé entonces lo que había pasado, coordiné un tanto mis ideas, y quise incorporarme. Imposible: mi cuerpo estaba como engarzado dentro de un enorme rollo de guindaleza, en forma espiral, que ocupaba un rincón de la cubierta, y que me servía, á la vez, de prisión y de trinchera. El bramido del viento y de las olas agitadas, el crugido del velamen y aparejo de la goleta, los gritos del capitán que mandaba, y el ronco quejido del equipaje que maniobraba con rapidez y precisión, y más que todo, la proximidad siempre creciente de los cañonazos que me habían parecido truenos, convencieronme, al fin, de que nuestra goleta era perseguida por otra embarcación de más potencia. El capitán seguía mandando.

—¡Orza, orza voto á Cristo! ¿No ves, condenado, que el barco presenta el flanco á las olas, y que nos vamos á aconchar contra ese malditísimo bergantín?

El timonel presentó la proa al viento.

—No tanto, estúpido, derriba un poco... bueno, sigue, sigue así.

Reinó un momento de silencio. Interrumpiólo de nuevo el capitán gritando.

—Ahora. Carguen las velas, y ¡fuego con la carronada de estribor!

—No ¡corpo di Baccò! replicó el contra-maestre, no: ancora non. Bisogna spectare.

—¿Y por qué rayos cuando el bergantín á quien lleve Satanás, está ya encima, y nos ha tomado el barlovento?

—Como lei voglia; má facciamo il piú insignificante rumore, e tutto é perduto: la testa, primo che niente.

—Tiene razón el maldito carcamán, murmuró entre dientes, y luego prosiguió. Bien. Echa alas y arrastraderas: vivo, vivo ¡voto al diablo! Amarra. Mucho será que... venga el antejo de noche. ¿No digo? Suelten los rizos á la mayor. Ya. ¿No decía yo? Mucho será que este tiburón pueda soplarse al pececillo....

El contra-maestre tomó el antejo á su vez, y quedóse observando gran trecho. Nuestra goleta hendía el agua, haciendo fuerza de vela para huir del bergantín que la perseguía.

—Guarda qui, guarda qui, dijo el italiano acercándose al capitán, y dándole el antejo.

Tomólo el capitán, y miró un instante.

—¡Al paio, al paio, al paio luego, condenación de Dios! Vivo, que el ber-

gantín nos corta la proa, y un convoy de demonios va á llevar á remolque á la "Invisible" ¡voto va! arría, arría en banda, malditísima canalla. Listos: venga con la madre de Dios: bueno, bueno. ¡Ah, hijos de Satanás. Firmes, muchachos valientes, firmes, y apoyarse en los obenques cuando venga el balance. Cierra el portalón de babor que embarca mucha mar.... Así.... así.... ya pasa... Ahora, muchachos, cobra, cobra, cobra violento. Bueno. Carguen las velas y listos para virar en redondo. Carguen, ¡y fuego con la carronada de babor! ¡Guapo tiro! Pronto, viren en redondo....

En el momento el bergantín correspondió con una fuerte andanada; pero la destreza y serenidad del capitán nos había salvado del peligro en aquel momento crítico y terrible. La prontitud con que detuvo la rapidísima carrera de la goleta, mientras que el buque enemigo pasaba por la proa, á riesgo de hacernos pasar por ojo, ó venirnos al abordaje, la oportunidad del tiro que le lanzó, y la maña y habilidad con que cambió súbitamente de dirección; todo ello hizo que el bergantín se desorientase en la obscuridad que reinaba, y perdiese la nueva dirección que comenzábamos á seguir. De cuando en cuando nos dirigía, á la ventura, un tiro de bala; pero esto sólo servía para guiar en su fuga á nues-

tra pequeña goleta, que ya estaba en salvo evidentemente. A poco tiempo después, se ordenó á la gente que se echase á descansar de las fatigas, quedando á verificar su cuarto de vela los marineros á quienes tocaba. Todo volvió á quedar sumergido en un largo y sombrío silencio.

Sin fuerzas para moverme, con la cabeza algo trastornada, y con las potencias abatidas por efecto de la embriaguez, permanecí inmóvil dentro de mi extraña y desagradable prisión por todo el resto de aquella prolongadísima noche, que me pareció de un siglo, sin que en el discurso de ella hubiese alguno que diese señales de acordarse de mí, ni de mi infeliz situación.

Con frecuencia veía yo asomarse por la puerta de la cámara un fantasma envuelto en una enorme chaqueta de balleta obscura, y cubierta la cabeza con una gorra también obscura. Parecía un centinela que estaba sobre aviso, para no dejarse sorprender de algún peligroso accidente. Sus miradas, que vibraban centellas de fuego, se fijaban á veces en el cielo, como buscando algún objeto que le sirviese de guía: otras observaba la brújula, marcando con cuidado y silencio el rumbo que seguía la nave: otras, en fin, las dejaba caer á plomo sobre los bultos que yacían en la cubierta, para

cerciorarse de que la gente estaba en su puesto, y lista para obrar á la primera señal que recibiese. El capitán, que era quien tenía esta cuidadosa vigilancia, "¡corredera!" gritaba de cuando en cuando, y al punto se ponían en pie los marineros suficientes para practicar expeditamente esa operación, que da á conocer aproximadamente el número de millas que echa el barco en un tiempo dado. Este hombre de fierro casi no dejó una vez su puesto, para dar á sus fatigados miembros el reposo que necesitaban. Sin embargo de su propensión constante á emgriagarse, jamás perdía la cabeza, ni descuidaba de los objetos que estaban á su cargo.

Luego que el sol apareció sobre el horizonte, el contra-maestre italiano subió hasta el tope del trinquete, y con un poderoso antejo recorrió lentamente todo el espacio que podía descubrirse. Después de algunos minutos empleados en esta operación, gritó desde arriba al capitán que, en pie sobre el botalón, esperaba el resultado de la descubierta:

—Niente á fatto.

—¿Nada absolutamente?

—Niente á fatto.

—¿De seguro?

—Siccuro.

—Bien, me conformo con esto. ¡Qué diablos! No ha sido mala ¡voto á sanes!

de la que hemos salido. ¡Eh! No hay cuidado. Esto habrá sido una funesta equivocación, porque me parece imposible que esos malditos de la aduana, trascendiesen esta guapa expedición de la "Invisible." (Dios la guarde.) Además, cuando zarpamos ayer de la bahía de Cádiz, que me ahorquen de un penol, si ese barco se hallaba en el puerto. ¡Bonito soy yo para que se me escapase! Demasiado lo sé, ¡toma!, porque para estas cosas tengo yo un ojo de lince; y la prueba es que fuí el primero que lo atisé ayer, y eso que el sol iba poniéndose ya. ¡Canario con el diablo del bergantín! No: yo me sé muy bien cuando deban emplearse útilmente las pocas fuerzas de una goleta contra un bergantín.

Mientras tenía consigo este monólogo en voz alta y sonora, se paseaba, á pasos largos, de popa á proa, descalzo, envuelto en su levitón de balleta, calada la montera hasta los ojos, las manos metidas en las bolsas, y una pipa en la boca. Después de un momento de silencio, que ninguno se atrevió á interrumpir, acercóse á uno de los portalones, y allí permaneció largo tiempo sumergido en sus reflexiones. Acercóse en seguida al timonel, observó en la brújula el rumbo que seguía la goleta, miró el cata-viento, y continuando en su paseo, prosiguió el inte-

rrumpido monólogo, sin dignarse ver ni dirigir la palabra á nadie.

—¡Condenación de Dios! y luego aquel viejo y tacaño judío, ¿qué va á decir?: veinticuatro horas perdidas. ¡Eh! percances de la mar. ¡Maldito bergantín. Si después de esto se le antoja al vendaval, hoy que lo necesitamos, estarse quieto, y no venir en nuestro auxilio, está visto, nos quedamos fuera del Estrecho, y ¡negocio perdido! Precisamente en esto fundo yo mi fama: nadie me ha de llevar la delantera. Me importa un ardite: ni el comerciante de Cádiz, ni el ladronazo judío de Gibraltar á quien de buena gana yo ahorcaría, podrán fiarse sino del capitán Frasquito. ¡Voto va! Si llegaran á jugarne una pasatina, esa sería la señal infalible de su ruina y perdición.

—¡Eh, canalla!, continuó dirigiéndose á la gente. Vamos, muchachos valientes, apareja á virar. Esto no puede seguir así, porque ya hemos dejado muy atrás el cabo Espartel. Listos, y la proa al E., cuarta al N. E., y no hay cuidado.

Concluída la operación, tal como la había ordenado, pidió el café y un frasco de brandi. Comenzaba á tomar su desayuno, cuando exclamó de repente.

—¡Diablo! ¿y el chico de ayer? ¿Qué es del chico de ayer? Si no se ha echado al agua, á buen seguro que se haya desertado.

Medio muerto de sed y de hambre, sacáronme del escondite en que la compasión del contra-maestre había hecho meterme el día anterior.

—¡Voto va, pobre diablillo! Tendrás una gazuza atroz. Toma este vasito, y refosílate un poco.

Obedecí con la mayor docilidad. El licor no me desagradó tanto como la vez primera, y almorcé con sin igual apetito. El contra-maestre, entretanto, parecía observarme con un interés afectuoso.

—Vamos, continuó el capitán: basta ya de aprendizaje, del cual parece que no has salido tan mal. Cuidado con aficionarte demasiado á los buenos tragos, porque no habría á bordo repuesto suficiente para satisfacer tu afición. Cuatro ó seis vasitos al día, y aferra. Es preciso trabajar, y tus ocupaciones, por ahora, serán servirme á la mesa lo cual no te vendría muy mal, barrer la cámara, y cuidar de mi maleta. ¿Sabes escribir?

—Un poco.

—Basta con ese poco, y ya aprenderás mucho. Asentarás lo que yo te dicte, en el cuaderno de bitácora. Ahora marcha á tus quehaceres, y te exijo lealtad, silencio y aplicación. ¿Me entiendes? Voy á ser tu maestro, á darte una brillante educación, no precisamente á bordo, sino también en tierra, y á hacerte

hombre. ¡Cuidado! Mira que el día que te vendrá muy mal, barrer la cámara, de arrimar más palos que pelos tengo en el bigote. Anda.

En el momento tomé posesión de mi nuevo destino. Muchacho de cámara.

Nuestra navegación siguió bien. A la una de la tarde doblamos el cabo Espartel, y embocamos en el Estrecho con toda felicidad. Pasamos sin temor ni recelo enfrente de Tánger, y al cerrar la noche ya avistábamos á Ceuta, que procuramos evitar para no ser observados por algún buque de guerra ó guarda costa. En el discurso de la noche hicimos la travesía, y al día siguiente, á las siete de la mañana, dimos fondo en Gibraltar. Allí, á vista del cónsul español y de los empleados ingleses, embarcamos un grueso contrabando. Zarpamos á las ocho de la noche, é hicimos rumbo con dirección á Málaga. A las veinticuatro horas justas, aportamos, sin novedad, á una pequeña ensenada á barlovento del puerto. Ya nos esperaban con impaciencia dos lanchas bien equipadas que, en el resto de la noche, llevaron á tierra todo el cargamento, á disposición del consignatario de una casa fuerte de Cádiz. A las nueve de la mañana siguiente, la "Invisible" entró en el puerto de Málaga, en donde el capitán presentó sus papeles, que fueron hallados en toda regla.